

**HOMILIA PRONUNCIADA POR
MONSEÑOR GERARDO FLORES REYES
EN EL FUNERAL DE
MONSEÑOR JUAN GERARDI CONEDERA**

*Si el grano de trigo no cae y muere,
permanece infecundo. Jn. 12, 14.*

Estupor, tristeza, ira, sentimientos de pena, de angustia, de desilusión, de frustración, de temor, han brotado en el corazón de todos nosotros, durante estos tres días en los que hemos tenido aquí en vela perpetua el cadáver destrozado de Monseñor Juan Gerardi. Quién pudo permanecer indiferente? Quién se quedó sin sentir alguna de estas emociones en su corazón?

Algunos -posiblemente muchos- se desanimaron. Los que han luchado durante tanto tiempo, con tanto esfuerzo y tanto sacrificio para que la paz auténtica y duradera se finque en nuestra patria, sin duda alguna sintieron momentos de debilidad, de tristeza, de desilusión, de frustración. Pero a nosotros San Pablo nos dice que no podemos reaccionar delante de la muerte igual que lo hacen los que no tienen esperanza. Nosotros sabemos que el que dá su vida aquí en la tierra, la gana -nos decía Jesucristo- en la Eternidad. Nosotros sabemos que el grano de trigo caído en tierra y que muere es signo de una nueva fuerza, de una nueva vida. Los cristianos tenemos una larga tradición y una experiencia de dos mil años de persecución y de martirio. Sin embargo la Iglesia está viva y sigue cumpliendo día a día su misión que su fundador, Cristo el que vive, le ha confiado. Recordemos que estamos inmersos en medio de esa dialéctica fatal entre el bien y el mal, entre la verdad y el engaño, entre la justicia y la explotación inmisericorde, entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas y es allí precisamente donde se inscribe la inmolación de Monseñor Juan Gerardi Conedera. Ahí, porque él optó por la vida y la defendió, cuando veía caer asesinados, en las horribles masacres del Quiché, a sus hijos más buenos; porque él proclamó la verdad e hizo salir de la obscuridad del silencio doloroso la palabra, que no se había podido expresar, de tantas viudas, y huérfanos, víctimas inocentes de la violencia irracional que ha ensangrentado a nuestra patria; porque él optó por el amor y no por el odio y buscó de mil maneras distintas la forma de que los guatemaltecos volviéramos a reconciliarnos y ser uno solo pueblo, una sola vida, una sola ilusión, para hacer una "patria distinta", como él nos lo decía apenas el viernes pasado. Pero su luz encegueció a los que parecen haber nacido para vivir en la tiniebla; porque su verdad hirió a los que solo viven de la mentira y del engaño; porque su lucha por la vida no pudo satisfacer a los que no les importa matar para mantener posiciones injustas y mal habidas. Por eso lo mataron. Le destruyeron el rostro, pero ahora ve el rostro radiante de Dios, le aplastaron el cerebro, donde había acumulado tanta sabiduría y tanta ciencia, pero ahora tiene la visión beatífica y conoce al Señor; quisieron apagar su luz, pero ahora brilla mucho más en el contexto todo

de nuestra patria Guatemala. Lo destruyeron sí aparentemente, pero él vive junto al Señor Resucitado y tenemos la seguridad de algo que va acontecer y está aconteciendo en nuestra patria: su sangre no será ni mucho menos estéril. Unida a tanta sangre de mártires derramada en nuestra patria, durante estos años aciagos que nos ha tocado vivir, será la semilla de nueva vida, de esperanza y de fortaleza. Pero, sobre todo, tiene que ser un llamado muy serio a que, quienes optamos por la vida, por la verdad, por la justicia, por el amor, por la honestidad, estemos unidos, y comprendamos que, si en este momento tan delicado de nuestra patria, manifestamos rupturas, indecisiones, luchas internas para buscar prebendas y lugares especiales, nos hundiremos de nuevo en un caos de muerte y de sufrimiento. Pero unidos, sobrepasando las barreras de ideologías políticas, de ideas religiosas incluso; unidos, respetando esa realidad hermosa de nuestra Guatemala pluriétnica, multicultural y multilingüe, tenemos la seguridad de que la verdad vencerá a la mentira y que la vida vencerá a la muerte. Nuestra vida sigue al Resucitado y él es nuestra esperanza porque "es el camino y la verdad y la vida".

Sin duda alguna este es el mensaje principal que debemos escuchar: él luchó por la reconciliación, por la paz auténtica, no mentirosa, por la paz que se funda en la justicia y en la verdad. El por eso entregó su vida y por eso quisieron acallar su voz, que hoy resuena mucho más. Todos unidos tenemos que ir construyendo poco a poco esta patria nuestra; no podemos cejar ni un momento. Tal vez algunos podemos caer y también con nuestra sangre, si el Señor lo permitiera y nos diera esa alegría y ese gozo, pudiéramos fertilizar más esta tierra nuestra; pero el pueblo, nuestro pueblo, que ha sentido en carne propia los zarpazos más horribles de la maldad, de la opresión, de la injusticia, del hambre, de la desnutrición, de la ignorancia, de la marginación en el que se le ha querido tener, este pueblo está despertando. Lo decíamos, hace varios años los Obispos en una carta pastoral "este gigante dormido un día despertará". La Iglesia, cumpliendo con lo que manda el Señor, sigue el ejemplo de Pedro y de Juan, cuando subieron al templo a la hora de la oración vespertina y un pobre hombre estaba allí tirado pidiendo limosna, parálítico, incapacitado, que era como un tranquilizante espiritual para los que pasaban orgullosos y le tiraban unas cuantas monedas y así entraban más orondos y tranquilos ante la presencia del Señor en el Templo; aquel hombre les pide una limosna. Pedro le confiesa paladinamente: "oro y plata no te damos porque no tenemos, pero lo que tenemos esto te damos, en nombre de Jesucristo Nazareno, ponte de pie y camina", y eso fue lo que aconteció. Aquel hombre se puso en pie. Tirado en el suelo, era un espectáculo triste pero tranquilizante para muchas conciencias endurecidas; puesto de pié, era un testigo de Cristo resucitado. Entonces empezó la persecución a la Iglesia y los primeros azotes los recibieron Pedro y Juan precisamente por haber puesto de pie a ese hombre. Esta fue la misión que Monseñor quiso realizar. Poner de pie a un pueblo humillado.

Querido Juan, -Juanito como te llamábamos- tu ya estás en la Gloria del Padre; tu mensaje es seguro, lo estamos escuchando, no con la voz sino con la sangre derramada por tí; tu ejemplo nos fortifica, tu sencillez nos ilumina, tu fe nos fortalece. Ten seguro que este tu pueblo por el que tú diste la vida, este pueblo humilde y sencillo por el que tanto te esforzaste, este pueblo que quiere romper las cadenas seculares que lo atan al subdesarrollo

más doloroso y a la marginación más injusta, si todos nos unimos, si todos seguimos tu ejemplo, si todos escuchamos tu palabra guiadora, ten seguridad que un día -y esperamos que sea pronto- un día este pueblo cantará, este pueblo gritará con todo el corazón y con acentos de victoria: GUATEMALA, GUATEMALA, NUNCA MAS...!

Guatemala de la Asunción, 29 de abril de 1998.

✠**Gerardo Flores Reyes**
Obispo de La Verapaz